

El hijo



Horacio Quiroga (1878–1937) nació en Salto, Uruguay, aunque pasó la mayor parte de su vida en Argentina. Fue miembro de los círculos literarios de Buenos Aires. En 1909, Quiroga fue a estudiar las ruinas de las misiones jesuítas en Misiones, un territorio selvático en el noreste argentino, y quedó tan impresionado con su belleza que decidió quedarse. Quiroga es uno de los grandes maestros latinoamericanos de la narrativa breve. Sus colecciones de cuentos incluyen: *Cuentos de la selva* (1918), *Anaconda* (1921), y *Más allá* (1935), la cual contiene «El hijo».

Es un poderoso día de verano en Misiones, con todo el sol, el calor y la calma que puede deparar¹ la estación. La naturaleza, plenamente abierta, se siente satisfecha² de sí. Como el sol, el calor y la calma ambiente, el padre abre también su corazón a la naturaleza.

—Ten cuidado, chiquito— dice a su hijo abreviando en esa frase todas las observaciones del caso y que su hijo comprende perfectamente.

—Sí, papá— responde la criatura, mientras coge la escopeta y carga de cartuchos³ los bolsillos de su camisa, que cierra con cuidado.

—Vuelve a la hora de almorzar— observa aún el padre.

—Sí, papá— repite el chico.

Equilibra la escopeta en la mano, sonríe a su padre, lo besa en la cabeza y parte.⁴

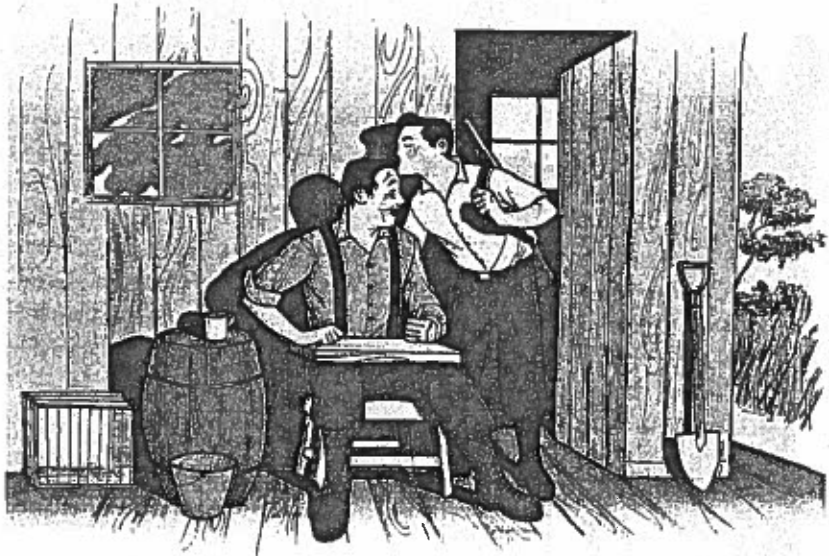
Su padre lo sigue un rato con los ojos y vuelve a su quehacer de ese día, feliz con la alegría de su pequeño.

Sabe que su hijo, educado desde su más tierna infancia en el hábito y la precaución del peligro, puede manejar un fusil⁵ y cazar no importa qué.⁶ Aunque es muy alto para su edad, no tiene sino



- A. ¿Cómo se expresa el amor entre padres e hijos?
- B. ¿Crees que el amor puede ir más allá de la muerte?
- C. ¿Qué tiempo hace?
- D. ¿A qué hora quiere el padre que vuelva el hijo?
- E. ¿A qué edad más o menos comenzó el hijo a aprender a manejar un fusil y a cazar?

1 dar, proporcionar 2 contenta, orgullosa 3 las municiones que se disparan de un arma 4 se va, sale 5 arma de fuego 6 cualquier cosa



F. ¿Cuántos años tiene el hijo? ¿Por qué parece mayor? ¿Por qué parecería menor?

G. ¿Adónde va el hijo a cazar? ¿Qué animales caza, por lo general?

H. ¿En qué se parecían el padre y el hijo a la edad que tiene el niño ahora?

trece años. Y parecería tener menos, a juzgar por¹ la pureza de sus ojos azules, frescos aún de sorpresa infantil.

No necesita el padre levantar los ojos de su quehacer para seguir con la mente la marcha de su hijo: Ha cruzado la picada² roja y se encamina rectamente al monte a través del abra de espartillo.³

Para cazar en el monte —caza de pelo— se requiere más paciencia de la que su cachorro puede rendir. Después de atravesar esa isla de monte, su hijo costeará la linde⁴ de cactus hasta el bañado,⁵ en procura de palomas, tucanes o tal cual casal de garzas, como las que su amigo Juan ha descubierto días anteriores.

Solo ahora, el padre esboza una sonrisa al recuerdo de la pasión cinegética⁶ de las dos criaturas. Cazan sólo a veces un yacútoro, un surucuá —menos aún— y regresan triunfales, Juan a su rancho con el fusil de nueve milímetros que él le ha regalado, y su hijo a la meseta, con la gran escopeta Saint-Etienne, calibre 16, cuádruple cierre y pólvora blanca.

Él fue lo mismo. A los trece años hubiera dado la vida por⁷ poseer una escopeta. Su hijo, de aquella edad, la posee ahora; —y el padre sonríe.

No es fácil, sin embargo, para un padre viudo, sin otra fe ni esperanza que la vida de su hijo, educarlo como lo ha hecho él,

1 según, fijándose en 2 camino, senda 3 zona sin vegetación, claro cubierto por vegetación pajiza 4 irá por un lado o costado 5 pantano, lago con todo 6 relacionada con la caza 7 (figurado) lo quería más que nada en el mundo



libre en su corto radio de acción,¹ seguro de sus pequeños pies y manos desde que tenía cuatro años, consciente de la inmensidad de ciertos peligros y de la escasez² de sus propias fuerzas.

Ese padre ha debido luchar fuertemente contra lo que él considera su egoísmo. ¡Tan fácilmente una criatura calcula mal, sienta un pie en el vacío y se pierde un hijo!

El peligro subsiste siempre para el hombre en cualquier edad; pero su amenaza amengua³ si desde pequeño se acostumbra a no contar sino con⁴ sus propias fuerzas.

De este modo ha educado el padre a su hijo. Y para conseguirlo ha debido resistir no sólo a su corazón, sino a sus tormentos morales; porque ese padre, de estómago y vista débiles, sufre desde hace un tiempo de alucinaciones.⁵

Ha visto, concretados en dolorosísima ilusión, recuerdos de una felicidad que no debía surgir más de la nada en que se recluyó.⁶ La imagen de su propio hijo no ha escapado a este tormento. Lo ha visto una vez rodar envuelto en sangre cuando el chico percutía en la morsa del taller una bala de parabellum,⁷ siendo así que lo que hacía era limar la hebilla⁸ de su cinturón de caza.

Horribles cosas... Pero hoy, con el ardiente y vital día de verano, cuyo amor su hijo parece haber heredado, el padre se siente feliz, tranquilo y seguro del porvenir.

En ese instante, no muy lejos, suena un estampido.

—La Saint-Etienne...— piensa el padre al reconocer la detonación. Dos palomas⁹ menos en el monte...

Sin prestar más atención al nimio¹⁰ acontecimiento, el hombre se abstrae de nuevo en su tarea.

El sol, ya muy alto, continúa ascendiendo. Adonde quiera que se mire —piedras, tierra, árboles— el aire, enrarecido¹¹ como en un horno, vibra con el calor. Un profundo zumbido que llena el ser entero e impregna el ámbito hasta donde la vista alcanza, concentra a esa hora toda la vida tropical.

El padre echa una ojeada a su muñeca: las doce. Y levanta los ojos al monte.

Su hijo debía estar ya de vuelta. En la mutua confianza que depositan el uno en el otro —el padre de sienes plateadas¹² y la criatura de trece años—, no se engañan jamás. Cuando su hijo

I. ¿Qué peligros crees que hay en la selva? ¿Qué crees que hizo el padre para educar a su hijo sobre los peligros de la selva?

J. ¿Está en buena salud el padre? ¿Qué problemas tiene?

K. ¿Qué clase de alucinaciones tiene?

L. ¿Qué oye el padre en la distancia? ¿Qué cree que es?

M. ¿Qué hora es cuando mira su reloj? ¿Debe estar de vuelta su hijo?

1 lugar por el que se mueve 2 falta, pocas 3 disminuye 4 sólo con 5 cosas imaginarias que alguien cree que son reales 6 encerró, metió 7 golpeaba una bala con un instrumento del banco de trabajo 8 pieza de metal que une los dos lados del cinturón 9 tipo de pájaro 10 sin importancia 11 que dificulta la respiración 12 canoso



N. ¿Qué hace el padre para no preocuparse mientras espera a su hijo?

Ñ. ¿Qué hora es cuando el padre sale del taller?
O. ¿Qué es lo que más le preocupa en ese momento?

responde: —Sí, papá, hará lo que dice. Dijo que volvería antes de las doce, y el padre ha sonreído al verlo partir.

Y no ha vuelto.

El hombre torna a su quehacer¹ esforzándose en concentrar la atención en su tarea. ¡Es tan fácil, tan fácil perder la noción de la hora dentro del monte, y sentarse un rato en el suelo mientras se descansa inmóvil...²

Bruscamente, la luz meridiana, el zumbido tropical y el corazón del padre se detienen a compás de³ lo que acaba de pensar: su hijo descansa inmóvil...

El tiempo ha pasado; son las doce y media. El padre sale de su taller, y al apoyar la mano en el banco de mecánica⁴ sube del fondo de su memoria el estallido⁵ de una bala de parabellum, e instantáneamente, por primera vez en las tres horas transcurridas,⁶ piensa que tras el estampido de la Saint-Etienne no ha oído nada más. No ha oído rodar el pedregullo⁷ bajo un paso conocido. Su hijo no ha vuelto, y la naturaleza se halla detenida a la vera⁸ del bosque, esperándolo...

¡Oh! No son suficientes un carácter templado⁹ y una ciega confianza en la educación de un hijo para ahuyentar el espectro de la fatalidad¹⁰ que un padre de vista enferma ve alzarse desde la

1 vuelve a su trabajo 2 sin moverse 3 al mismo tiempo o ritmo 4 mesa para trabajar la madera, el metal, etc. 5 explosión 6 que han pasado 7 pedruscos, piedras pequeñas 8 al lado, a la orilla, al borde 9 fuerte y calmado 10 fantasma de la desgracia

línea del monte. Distracción, olvido, demora fortuita;¹ ninguno de estos nimios motivos que pueden retardar la llegada de su hijo, hallan cabida² en aquel corazón.

Un tiro,³ un solo tiro ha sonado, y hace ya mucho. Tras⁴ él el padre no ha oído un ruido, no ha visto un pájaro, no ha cruzado el abra una sola persona a anunciarle que al cruzar un alambrado,⁵ una gran desgracia...

La cabeza al aire y sin machete, el padre va. Corta el abra de espartillo, entra en el monte, costea la línea de cactus sin hallar el menor rastro⁶ de su hijo.

Pero la naturaleza prosigue detenida. Y cuando el padre ha recorrido las sendas de caza conocidas y ha explorado el bañado en vano,⁷ adquiere la seguridad de que cada paso que da en adelante lo lleva, fatal e inexorablemente, al cadáver de su hijo.

Ni un reproche que hacerse, el lamentable. Sólo la realidad fría, terrible y consumada: Ha muerto su hijo al cruzar un...



¡Pero dónde, en qué parte! ¡Hay tantos alambrados allí, y es tan, tan sucio el monte!... ¡Oh, muy sucio!... Por poco que no se tenga cuidado al cruzar los hilos con la escopeta en la mano...

P. ¿Por qué se marcha el padre para el monte sin su sombrero y su machete? ¿Para qué necesita un sombrero y un machete?

Q. ¿Qué piensa el padre que va a encontrar? ¿Es una buena o mala premonición?

R. ¿Por qué es peligroso cruzar un alambrado con una escopeta en la mano?

1 casual, por casualidad 2 encuentran lugar 3 disparo, sonido de un arma 4 después 5 hilos de metal que demarcan una propiedad o terreno 6 signo, señal 7 sin resultados, sin éxito



S. ¿Sabe el padre que el hijo acaba de morir? ¿O es su conciencia que acaba de aceptar que su hijo probablemente está muerto?

T. ¿Qué ve el padre al pie de un poste, con la escopeta a su lado? ¿Por qué se siente sin fuerzas el padre? ¿Crees que es una alucinación?

U. ¿A quién ve el padre? ¿Por dónde viene? ¿Crees que es una alucinación?

V. ¿Qué hora es? ¿A qué hora comenzó el padre a buscar a su hijo?

W. ¿De qué hablan el papá y su hijo? ¿Cómo se sienta el papá?

El padre sofoca¹ un grito. Ha visto levantarse en el aire... ¡Oh, no es su hijo, no!... Y vuelve a otro lado, y a otro y a otro...

Nada se ganaría con ver el color de su tez² y la angustia de sus ojos. Ese hombre aún no ha llamado a su hijo. Aunque su corazón clama³ por él a gritos, su boca continúa muda.⁴ Sabe bien que el solo acto de pronunciar su nombre, de llamarlo en voz alta, será la confesión de su muerte...

—¡Chiquito! —se le escapa de pronto. Y si la voz de un hombre de carácter es capaz de llorar, tapémonos de misericordia los oídos ante la angustia que clama en aquella voz.

Nadie ni nada ha respondido. Por las picadas rojas de sol⁵ envejecido en diez años, va el padre buscando a su hijo que acaba de morir.

—¡Hijito mío!... ¡Chiquito mío!... —clama en un diminutivo que se alza del fondo de sus entrañas.⁶

Ya antes, en plena dicha y paz, ese padre ha sufrido la alucinación de su hijo rodando con la frente⁷ abierta por una bala al cromo níquel. Ahora, en cada rincón sombrío del bosque ve centelleos de alambre:⁸ y al pie de un poste, con la escopeta descargada al lado, ve a su...

—¡Chiquito!... ¡Mi hijo!...

Las fuerzas que permiten entregar un pobre padre alucinado a la más atroz pesadilla tienen también un límite. Y el nuestro siente que las suyas se le escapan, cuando ve bruscamente desembocar⁹ de un pique lateral a su hijo. A un chico de trece años bástale ver desde cincuenta metros la expresión de su padre sin machete dentro del monte, para apresurar el paso¹⁰ con los ojos húmedos.

—Chiquito... —murmura el hombre. Y, exhausto, se deja caer sentado en la arena albeante,¹¹ rodeando con los brazos las piernas de su hijo.

La criatura, así ceñida,¹² queda de pie; y como comprende el dolor de su padre, le acaricia despacio la cabeza:

—Pobre papá...

En fin, el tiempo ha pasado. Ya van a ser las tres. Juntos, ahora, padre e hijo emprenden el regreso a la casa.

—¿Cómo no te fijaste¹³ en el sol para saber la hora?...

—murmura aún el primero.

—Me fijé papá... Pero cuando iba a volver vi las garzas de Juan y las seguí...

1 ahoga, aguanta, reprime 2 cara 3 llama, grita 4 que no puede hablar 5 caminos enrojecidos por la luz del sol 6 desde muy dentro 7 parte superior de la cara, sobre los ojos 8 hilo de metal 9 salir, aparecer 10 ir más rápido 11 blanca 12 abrazada 13 miraste

—¡Lo que me has hecho pasar,¹ chiquito!...

—Piapiá...² —murmura también el chico.

Después de un largo silencio:

—Y las garzas, ¿las mataste? —pregunta el padre:

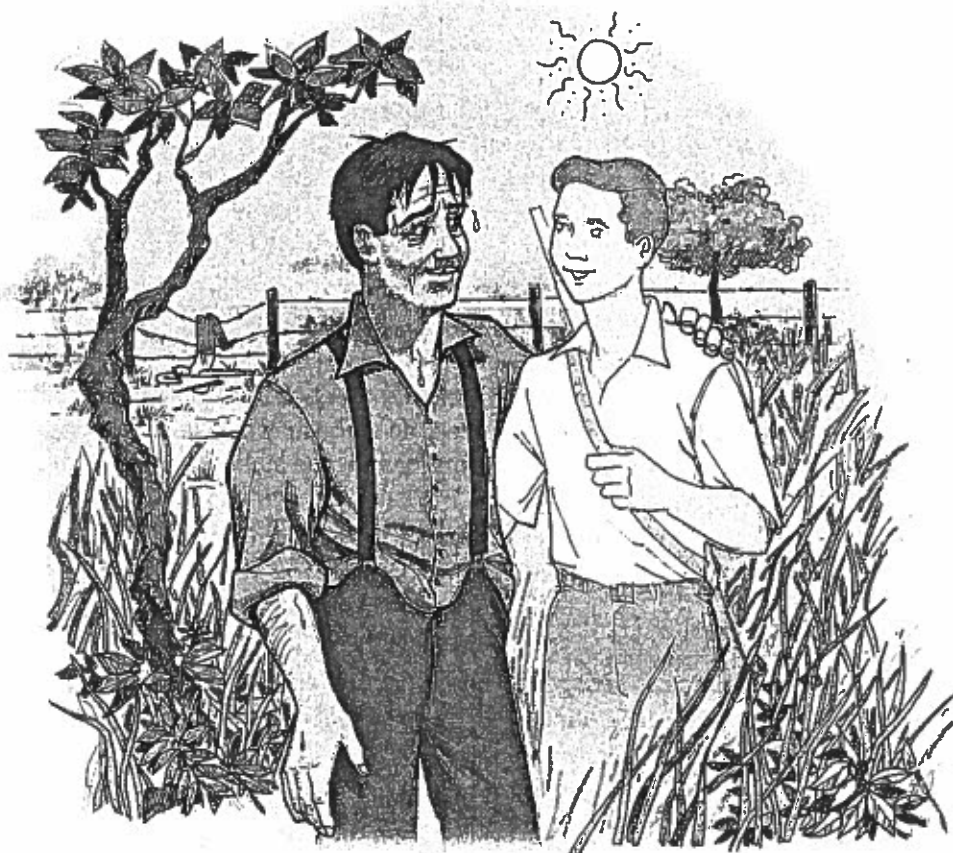
—No...

Nimio detalle, después de todo. Bajo el cielo y el aire candentes,³ a la descubierta por el abra de espartillo, el hombre vuelve a casa con su hijo, sobre cuyos hombros casi del alto de los suyos, lleva pasado a su feliz brazo de padre. Regresa empapado de sudor, y aunque quebrantado⁴ de cuerpo y alma, sonríe de felicidad...

Sonríe de alucinada felicidad... Pues ese padre va solo. A nadie ha encontrado, y su brazo se apoya en el vacío.⁵ Porque tras él, al pie de un poste y con las piernas en alto, enredadas en el alambre de púa, su hijo bien amado yace al sol, muerto desde las diez de la mañana.



X. ¿A qué hora murió el hijo? ¿Cómo murió? ¿Fueron acertadas las premoniciones que tuvo el padre mientras buscaba a su hijo?



1 hecho sufrir 2 papá (cariñoso) 3 calientes 4 roto, dolorido 5 mantiene el brazo en el aire, que no se sujeta sobre nada